

Demasiada (mala) teología

Jorge Úbeda
jorge@transfilosofia.com

Dios ha muerto, pero la (mala) teología sigue viva y coleando. Solo hay que ver lo enardecida que anda gran parte de la ciudadanía, de la intelectualidad y de nuestros responsables políticos buscando culpables de todo lo que está pasando ahora. Nietzsche y Freud quisieron liberarnos de una culpa infantil que funciona como una lavadora universal de las responsabilidades adultas, pero no lo han conseguido: llevamos dentro, de serie, un pequeño (mal) teólogo que ante la complejidad de los fenómenos, la no linealidad de las causas y la disipación necesaria de las responsabilidades decide reducirlo todo a un esquema de culpas -alguien será el responsable último y absoluto- y sacrificios -algo habrá que hacer, rápido y determinante, para controlar al responsable.

Vivimos, en nuestras hipermodernas sociedades, bajo la ilusión de que somos los más modernos de los hombres: exhibimos orgullosos nuestros aparatos técnicos fruto de una investigación científica imparables, defendemos -y hacemos bien- la libre circulación de opiniones como condición para que florezcan las verdades y nos asentamos en la seguridad de que la racionalidad es la que gobierna, en general, nuestra vida. A la hora de la verdad, cuando las condiciones cambiantes y caóticas de la vida aprietan, echamos mano de las formas más elementales de nuestro pensamiento y que aquí estamos llamando (mala) teología. La (mala) teología consiste en encontrar siempre una justificación al mal a través de la identificación de un último responsable que será el culpable absoluto, aunque dada su potencia absoluta respecto de los males se puede convertir con facilidad, y esto es muy inquietante, en el salvador.

¿Por qué llamarlo (mala) teología? Un poco de historia del pensamiento nos vendrá bien para aclararlo. Una pregunta ha asaltado a muchos seres humanos y que ha quedado recogida con maestría en el libro de Job o en Epicuro: cómo es posible que sea compatible el mal en el mundo con la existencia de un Dios que se define, sobre todo, como poderoso y bueno. La cuestión acerca de la impertinente existencia de los males revela que el supuesto orden del mundo basado en un poder absoluto como el divino debe ser justificado. Para Job, la posible respuesta se hundía en el misterio, aunque sus amigos querían sepultarlo con respuestas a punto de (mala) teología, mientras que, para Epicuro, el solo juego lógico de tratar de responder a la cuestión mostraba la inutilidad de dedicar algo de tiempo a los dioses: mejor nos iría cuidándonos a nosotros mismos y a nuestros amigos en un jardín oculto a los ojos de cualquier poder. El jardín de Epicuro sobrevive poco tiempo y el misterio de Job sigue abierto.

La modernidad, que se había independizado de Dios declarando que no podemos penetrar en su voluntad absoluta e infinita, se vio también forzada a preguntarse por la existencia del mal en un mundo que estaba siendo sometido al orden de la nueva ciencia experimental. La Teodicea, nombre técnico que Leibniz dio al tratado sobre la justificación de un orden racional y bueno en el que existe el mal, fue un campo de batalla en el que se fajaron los Voltaire -abrumado por la desolación del terremoto de Lisboa de 1755- y Kant de aquel tiempo. La conclusión fue clara: no es posible justificar los males, quizá solo comprenderlos a medias, paliarlos, a veces combatirlos, incluso, vencerlos. Pero con cuidado de no llevarnos algunos bienes con ellos, porque bienes y males no son definiciones absolutas, más bien relativas a los seres humanos finitos y a sus cambiantes circunstancias. Este podría haber sido el fin de la teodicea y de la obsesión humana por hacer (mala) teología cada vez que algunos males lo aquejan o, incluso, lo asolan.

Pero he aquí que, en el siglo XIX, el ser humano encontró los medios para seguir haciendo (mala) teología: la filosofía de la historia. Como todo, hasta los males, ha de tener un sentido y ya no podemos acudir a Dios o a la naturaleza para justificarlo, solo quedamos nosotros, los actores de la historia, como últimos responsables de todo lo que acontezca. Ahora se trata de identificar a los nuevos dioses humanos, dotados de potencia absoluta, que justifican los males en la historia: ya sea el progreso material, el paraíso comunista, el consumo sin fin, el desarrollo tecnológico, la libertad sin límites o el conocimiento absoluto del universo. Siempre habrá individuos a los que sacrificar ante los nuevos dioses y si el sacrificio no funciona, podremos culpar a los dioses pues son ellos los últimos responsables de todo. Alucino, siento no encontrar mejor verbo, cuando escucho que la culpa de la pandemia la puedan tener gobiernos, corporaciones, incluso individuos que se comieron, con muy mal gusto gastronómico a mi entender, algún animal de aspecto sospechoso. No alucino menos cuando se eleva la pandemia a nuevo dios que nos traerá cambios y novedades que estábamos deseando, pero que no sabíamos. De nuevo, (mala) (malísima) teología que impide identificar responsabilidades concretas y centramos, como adultos, en paliar los males más urgentes que nos requieren.

Por fortuna, no toda la modernidad ha sido filosofía de la historia. También en la modernidad se quiso superar la idea sacrificial en la vida social y política gracias al imperio de la ley y a la saludable idea de que a cada cual le corresponderán únicamente sus culpas, ni una más y, ojalá, ni una menos. La libertad no solo se ha desplegado en la idea de oposición, capacidad, fuerza o potencia absoluta, también en la de participación en los asuntos de todos, fruto del vínculo sentido con otros seres humanos. La modernidad nos ha mostrado que el ser humano necesita compensaciones, equilibrios, balances y mucha cooperación para que no se le desmanden las formas más elementales y violentas de su propia naturaleza.

Tampoco toda teología, ha de ser (mala) teología. La misma Biblia que contiene el libro de Job, tiene monumentos a la superación de ideas como que las culpas de los padres las heredan los hijos -*Ezequiel*-, que los sacrificios resuelven problemas -*Isaías*-, que necesitamos poderes fuertes para gobernarnos -*Samuel*- y que los males del mundo, siendo a veces crueles y miserables, son la única palabra posible sobre el hombre -relatos evangélicos de los dichos y hechos de Jesús-. También en la historia del judaísmo -la *Cábala*-, en las *Upanishads* hindúes, en el budismo encontramos ejemplos señeros de que no toda teología ha de ser (mala) teología.

No estaría mal que revisáramos antes de que la crispación, la ignorancia y la (mala) teología se apodere de los discursos y las calles, cuáles son nuestros dioses recordando aquellas palabras del maestro Ferlosio: mientras no cambien los dioses, nada habrá cambiado.